

“ la plaza sino hasta una hora despues de en la que acos-
“ tumbran darlo en aquel establecimiento.” En efecto, todo
sucedió como habia calculado Zaragoza. Las posiciones fue-
ron abandonadas tan luego como inesperadamente para sus
defensores, se vieron éstos atacados desde puntos dominantes,
y de aquí se siguió la mas completa derrota, que puso en po-
der del ejército federal, el 28 de Febrero de 859, algunas es-
celentes piezas de artillería, bastante parque, armamento, y
una rica y bien provista plaza, en donde se hizo de recursos
para continuar la campaña.

Por esta funcion de armas, el Sr. Degollado, que despues se
puso al frente de todas esas fuerzas, le confirió—con fecha 8
de Marzo—el grado de general, con cuyo carácter continuó
mandando la brigada del Norte, compuesta de las fuerzas de
Nuevo Leon y Zacatecas.

Así concurrió el 11 de Marzo á la memorable accion de Ca-
lamanda, en donde incorporadas las fuerzas reaccionarias de
Mejía y las de San Luis, que mandaba el ex-general Callejo,
sufrieron todas una verdadera derrota, que se consumió cuando
Zaragoza ocupó el cerro del Tecolote que dominaba la hacien-
da del Ahorcado, último punto en donde se habian atrinche-
rado los contrarios.

El general en jefe hizo justicia al valor y comportamiento
de Zaragoza y de las fuerzas que mandaba, diciendo en su
parte oficial, que á ellos era debida la gloria de este triunfo.

Despues, creia Zaragoza que debia continuarse la persecu-
cion del enemigo; pero el referido general en jefe tuvo por mas
conveniente seguir su marcha para México, conforme á la
combinacion que habia formado en vista de las ofertas que se
le hacian de esta capital.

Así llegaron á Tacubaya sin emprender ataque formal has-
ta el dia 2 de Abril, que se encomendó á Zaragoza el que se
ejecutó con las fuerzas del Norte y de Zacatecas, sobre la ga-
rita de San Cosme. La posicion debia haber sido volteada;
pero por diversas circunstancias, aquel ataque solo sirvió para
probar una vez mas, el arrojó de las fuerzas referidas, sin em-
bargo de que no consiguieron su objeto.

Durante la permanencia de nuestras fuerzas en Tacubaya,
Zaragoza se manifestaba impaciente por impedir que entraran
á la plaza de México los restos de las que se habian batido en
Calamanda, y despues las auxiliares que el mismo Márquez

condujo del interior; pero tanto sus observaciones con este
respecto, como las que, frustrado el ataque sobre la garita de
San Cosme, propuso para la retirada del ejército, fueron, aun-
que atendidas, no aprobadas por el general en jefe, quien te-
nia formado un plan diverso, y que creia seguro á causa de las
fundadas esperanzas que le hacian concebir sus corresponsa-
les, y de la ventajosa posicion en que se consideraba á nues-
tras fuerzas. Sin embargo, el Sr. Degollado habia convenido
en la retirada del ejército, y aun llegó á marcar á Zaragoza
las horas en que debian darse los toques de marcha para em-
prenderla; pero despues se le hizo variar por razones que Za-
ragoza nunca tuvo por suficientes, si bien como subordinado
obedeció la determinacion que se tomó de continuar en el mis-
mo campamento.

La historia de México tiene que hacer un penoso recuerdo
del dia 11 de Abril de 859, y no por la completa derrota que
sufrió el ejército federal en este dia, sino por los odiosos ase-
sinatos de médicos y de personas inocentes, que se ejecutaron
en peloton y á sangre fria, despues de la mencionada derrota.

Zaragoza, protegia en ese dia el flanco derecho del campa-
mento, estendiendo su línea de Chapultepec á casa Mata; pe-
ro sucesivamente se le fueron pidiendo fuerzas para reforzar
á las de Tacubaya, hasta dejarlo con bien pocas y tan insigni-
ficantes, que cuando se le previno que atacara al enemigo
por el flanco izquierdo, no obstante su acostumbrado hábito
de obedecer, observó que carecia de fuerzas con que verificarlo,
por haberse dispuesto de la mayor parte de las que á sus
órdenes tenia. Repetido el mandato, tuvo necesidad de cum-
plirlo, y al efecto se puso en marcha con su pequeña fuerza.

Permítaseme que haga aquí uso de la comparacion de que se
valió el mismo Zaragoza, al referirme este suceso, porque ella
aunque simple y vulgar, espresa perfectamente el resultado de
aquel inconsiderado movimiento. “¿Ha visto V., me dijo, el
“ terror que se apodera de un perrito faldero, y la manera con
“ que éste huye, cuando, despues de haber impacientado con
“ sus ladridos á un bull-dog, éste vuelve la cara y le hace
“ cualquier amago? Pues de la misma manera corrieron mis
“ soldados, tan luego como el enemigo, apercebido de nuestros
“ inútiles fuegos, volvió sobre nuestra posicion una batería y
“ nos hizo una descarga. Nuestra pieza quedó desmontada,
“ y todos, porque yo ni aun intenté contener á los soldados,
“ tuvimos que retroceder algo mas que de prisa.”

Dispersado el ejército, Zaragoza y el coronel Quiroga lograron reunir algunos soldados, con los que se retiró rumbo á Morelia, tomando despues para el bajío de Guanajuato. En Irapuato se incorporó á la brigada con que el general Gonzalez Ortega se habia puesto en marcha con intencion de auxiliar al ejército federal. En el momento se entendieron estos dos gefes que desde entonces fueron tan buenos amigos, y puestos de acuerdo, resolvieron avanzar sobre Querétaro, é hicieron en efecto salir las fuerzas para Salamanca.

En este lugar Zaragoza hizo saber á la division por la orden del dia, que habiendo admitido el grado de general tan solo porque así se creia conveniente á la gerarquía militar, en razon al mando que tenia de un cuerpo, cuando se reunieron las fuerzas que marchaban sobre México, hacia dimision de ese grado, debiendo en consecuencia continuar considerándosele como coronel, que era el empleo que antes obtenia.

En el mismo Salamanca recibió órdenes terminantes del coronel Zuazua, que á la sazón se encontraba en San Luis, vestido con el mando en gefe del ejército de operaciones del Norte, para que dirigiera su marcha para aquel cuartel general. La subordinacion le hizo obedecer esta orden, que el mismo general Ortega convino en que era preciso obsequiar, y desbaratado así el plan que habian combinado, Zaragoza siguió para San Luis y Ortega retrocedió para Leon.

En su tránsito recibió Zaragoza comisionados de Guanajuato, ofreciéndole el mando de las fuerzas de aquel Estado, y proporcionarle recursos. Dió, como era de su deber, cuenta al general en gefe, y con su acuerdo y previas sus órdenes, volvió para Silao á la vez que el general Zuazua se dirigió á Aguascalientes, en donde se proponia dar arreglo al ejército para continuar las operaciones militares.

A insinuacion del gobernador de Nuevo-Leon, los de Zaca-tecas, Aguascalientes, Guanajuato y San Luis, convinieron en reconocer con el mando en gefe del ejército de operaciones al referido Zuazua y de su segundo á Zaragoza, á quien con este motivo le confirió aquel gobernador, con fecha 25 de Abril, el nombramiento de general, y cuyo nombramiento fué aprobado con fecha 5 de Mayo por el supremo gobierno.

Así funcionaba en aquel ejército cuando se presentó una bien armada seccion de Tamaulipas, mandada por el coronel García. Zuazua para manifestar su aprecio á aquella seccion,

resolvió nombrar segundo en gefe al que la mandaba, y así lo dió á reconocer por orden general, confiriéndole provisionalmente y á reserva de la aprobacion del general en gefe y del supremo gobierno, el grado de general. Zaragoza quedó por esto subalternado, aunque con el mando de su misma brigada; pero no manifestó ni el menor disgusto, ni tibieza tampoco en el cumplimiento de sus deberes, y en sus deseos por volver á abrir la campaña.

De Leon se resolvió emprenderla sobre las fuerzas que, acaudilladas por Velez, ocupaban á Guanajuato, pero al aproximarse las federales se retiraron las primeras, no creyendo seguramente oportuno defenderse en aquella ciudad, y tambien para incorporarse con las que Woll llevaba de la capital, con encargo de sustituir á Velez. Zaragoza creia que seguirían sobre el enemigo; pero el general en gefe tuvo por mas conveniente para proveerse de recursos, dirigirse sobre Guanajuato. Ya en esta poblacion, que ciertamente no conocia el referido general en gefe, advirtió que ni era prudente conservarla, ni aguardar en ella á las fuerzas reaccionarias; y por esto determinó su violenta desocupacion, procurando salvar la artillería, cuya comprometida comision encomendó al general Hinojosa, retirándose él con el grueso de la fuerza para San Felipe: Zaragoza no opinaba favorablemente con respecto á este movimiento, que entendia debia verificarse con todas las fuerzas al encuentro del enemigo; pero estaba subordinado al general en gefe, y como siempre, obedeció fielmente lo que se le mandó.

Vueltas las fuerzas del Norte á San Luis, tuvieron lugar algunos disturbios que á Zaragoza no le fué posible impedir. Uno de los cuerpos de rifleros desobedeció al general en gefe, á la vez que éste estaba próximo á dejar el mando por estar ya en camino para San Luis el general D. Santos Degollado. El gobernador de Nuevo-Leon, que siempre conservó el carácter de general en gefe de las fuerzas del Norte, reclamaba el ejemplar castigo del coronel Quiroga, gefe que mandaba el cuerpo sublevado, y llegó á pedir con exigencia que se le consignara para juzgarlo.

El Sr. Degollado confirió á Zaragoza la comision de pasar á Monterey para hacer esplicaciones á aquel funcionario, y para manifestarle el compromiso en que le ponía si no retiraba las apremiantes notas que con este motivo le habia dirigido. A

su llegada á Monterey se encontró con mas graves inconvenientes, á consecuencia del decreto espedido por aquel gobernador, en 5 de Setiembre de 1859, previniendo que regresaran al Estado las fuerzas que estaban en el interior, y que por haber puesto al servicio de la federacion, debian sujetarse al general en jefe nombrado por el supremo gobierno.

Nada, pues, pudo avanzar en la comision que se le encomendó; mas como en camino de regreso para San Luis, recibiera la disposicion dictada por el espresado general Degollado destituyendo del mando político y militar al gobernador de Nuevo-Leon y Coahuila, y sujetándolo á un juicio por haber espedido aquel decreto, y se le ordenara que auxiliase al general Aramberri, encargado de hacer cumplir aquella disposicion, volvió á Monterey, en donde en efecto, puesta inmediatamente á sus órdenes toda la guarnicion de aquella ciudad, tuvo lugar el cambio, sin que de pronto se hiciera resentir la menor desgracia. Zaragoza dejó espedita la salida de aquel gobernador, con solo su oferta de retirarse de los negocios públicos y de no volver á tomar parte en ellos. "Protesto ante el Estado—decia á Zaragoza aquel gobernador, D. Santiago Vidaurri, en comunicacion fecha 25 de Setiembre—que ya esté conforme con dicho paso ó no, seré en lo de adelante completamente extraño respecto de sus asuntos."

Todo el empeño de Zaragoza era el de preparar fuerzas para volver á la campaña, pero los disturbios del Estado no le permitieron salir con las primeras que se habian organizado, y como entretanto tuvo lugar la tercera completa derrota que sufrió nuestro ejército en la Estancia de las Vacas, y volviera en el Estado, por consecuencia de los convenios que celebró el nuevo gobernador, la administracion que habia combatido, resolvió marchar á Veracruz para conferenciar con el Supremo Magistrado de la República, con referencia á los medios que deberian adoptarse para ordenar las fuerzas del interior.

Con pesar se separó Zaragoza de Veracruz el 28 de Febrero de 1860, porque lo verificaba en los mismos momentos en que se aproximaban las fuerzas reaccionarias al mando de Miramon; pero lo hizo sin embargo, plenamente convencido de que no seria ocupada aquella plaza, y que él podia ser mucho mas útil en el interior, en donde esperaba cooperar para que se espedicionara con mas actividad, aprovechando el entretenimiento del ejército reaccionario sobre aquella plaza.

Zaragoza se dirigió para Zacatecas, en donde el general Gonzalez Ortega con gusto aceptó sus servicios, nombrándolo desde luego comandante militar de la plaza, y encomendándole el arreglo y organizacion de las fuerzas que tenia.

A la vez militaba el general Uruga por las inmediaciones de San Luis con la division del centro, y sabedor de que Zaragoza estaba en Zacatecas, lo pidió á Gonzalez Ortega para encargarle la mayoría general de su division. Este era el puesto que ocupaba el 24 de Mayo de 860, que se dió el arrojado ataque sobre la plaza de Guadalajara.

Zaragoza estuvo con frecuencia en los puntos de mas riesgo durante ese ataque, y cuando el general en jefe se separó del Hospicio para ocurrir á otro punto en donde se creia necesaria su presencia, le dejó encomendada la vigilancia de la columna que por allí obraba, y que era á la que se habia confiado el ataque principal. Momentos despues recibió el aviso de haber sido herido el general Uruga, á la vez que vió succumbir á su lado al jefe que habia sido puesto al frente de la columna de ataque. Sin embargo, se esforzaba Zaragoza por reanimar el valor del soldado, cuando recibió orden del mismo general en jefe para retirarse. Así lo verificó con todo arreglo, colocándose él mismo á retaguardia para proteger la retirada.

Siguió Zaragoza en el Sur de Jalisco mandando la division del centro, si bien reconociendo como general en jefe á D. Pedro Ogazon, que mandaba las fuerzas de aquel Estado. Ambas contuvieron por algunos dias en Sayula á Miramon, en donde Zaragoza aun llegó á proponer que se intentara atacarlo.

Vuelto Miramon á Guadalajara y en seguida para el interior, las fuerzas de Jalisco y la division del centro permanecian con grandes escaseces, y sin poder emprender de una manera seria sobre la plaza de Guadalajara. Algunos de los cuerpos de la division de Zaragoza regresaron á sus Estados, y de dia en dia se tenian bajas considerables. Preciso era, pues, tomar una resolucion, y la de Zaragoza fué de marchar en solicitud de las fuerzas que acaudillaba el general Gonzalez Ortega, para seguir con actividad la campaña, y así lo hizo tan luego como logró convencer al general en jefe y obtuvo el permiso correspondiente.

La marcha era peligrosísima: tenia que pasar á la vista de la plaza de Guadalajara, de donde podian salir á batirlo con

fuerzas muy superiores, y ademas Miramon debia estar por Lagos, y era fácil que le impidiera incorporarse con Ortega. Si las fuerzas de Miramon se ponian en combinacion con las de Guadalajara, su ruina era indefectible, y para evitarla era preciso violentar jornadas y tomar todo género de precauciones. Zaragoza, pues, ocultó su movimiento lo mas que pudo, y á las doce de la noche del 31 de Julio, lo emprendió de Santa Ana Acatlan, sin poder evitar el paso al siguiente dia á la vista de la plaza de Guadalajara. Tres noches y dos dias de camino con solo la demora necesaria para que la tropa tomara alimento y muy ligeros descansos, pusieron á esta fuerza á salvo, y en estado de prestar la importantísima cooperacion que inauguró en Silao, la serie de triunfos que decidió en favor de la causa constitucional la sangrienta lucha sostenida por consecuencia del motin de Tacubaya.

En la villa de la Encarnacion dió Zaragoza descanso á su tropa, y en Lagos se incorporó á la que mandaba el general Gonzalez Ortega, á quien desde luego reconoció como gefe, conviniendo en continuar para presentar accion y procurar batir á la escogida division que mandaba en persona el mismo Miramon.

En la tarde del dia 9 de Agosto estaban ya las fuerzas federales á la vista de Silao, en donde se encontraban las contrarias, que desde luego formaron su línea de defensa á la salida de la misma poblacion. En la noche establecieron Gonzalez Ortega y Zaragoza el campamento de las suyas, colocando en los lugares convenientes la artillería, y preparando las columnas que debian emprender el ataque al dia siguiente.

Observadas aquellas posiciones al amanecer de este dia, comenzó á batirlas el enemigo. Sufrian las fuerzas federales un vivo fuego de artillería, y la hora del ataque se retardaba, porque aun no se presentaba en el campo la brigada Berriozabal, que por momentos se esperaba. Zaragoza notó que, á la vez que el enemigo formaba columnas, comenzaba á desmoralizarse uno de los cuerpos, en el que hacian mas daño aquellos fuegos, y conoció desde luego que se corria un gran riesgo en demorar por mas tiempo las operaciones de iniciativa: era preciso aventurar mucho, para no esponerse á perderlo todo. Hizo, pues, que uno de sus ayudantes fuese violentamente á proponer al general en gefe, un ataque á la bayoneta sobre las baterías y columnas enemigas, y adoptado su plan despues

de la ligera conferencia que personalmente tuvieron en seguida ambos gefes, se puso al frente de los cuerpos de San Luis y Morelia, llevando en sus manos la bandera de uno de los primeros, y cargó con tal ímpetu, que á los pocos momentos hizo ondear esa misma bandera en el centro de las baterías enemigas. Ortega ejecutó otro tanto, aunque con alguna demora por consecuencia precisa de su posicion y de las sinuosidades del terreno, por la ala izquierda, y en el acto fué general y absoluta la derrota de aquellas fuerzas, que como se ha dicho, acaudillaba el titulado Presidente de la República D. Miguel Miramon.

Siguió Zaragoza con el carácter de mayor general, y como gefe de su brigada, y despues mandando una division en la campaña que se emprendió sobre la fuerte plaza de Guadalajara. Durante el largo sitio que se puso á esta plaza, fueron notorios sus trabajos y siempre notables por las ventajas que obtenia. Los principales gefes pertenecientes á las fuerzas constitucionales que expedicionaban en el interior, se encontraban en ese sitio, y todos tenian una predileccion tan particular á Zaragoza, que cuando por consecuencia de la enfermedad del general en gefe, se tuvo que nombrar un sustituto, la junta de generales que al efecto se reunió, lo hizo sin vacilar y por unanimidad en favor de Zaragoza.

A la sazón se aproximaba ya en auxilio de Guadalajara una fuerte division mandada por Márquez, y que contaba con casi todas las notabilidades del ejército reaccionario. Zaragoza tuvo por esto que violentar sus operaciones sobre la plaza, que atacó decididamente el 29 de Octubre. Los combates que en aquel dia tuvieron lugar, y la lucha que con particularidad se trabó en Santo Domingo, punto que vigilaba en persona y que desde antes habia atendido inmediatamente el mismo Zaragoza, encomendando los preparativos para el asalto al infatigable y valiente coronel Guccione, dejaron huellas imperecederas del valor y arrojo de los asaltantes y de la pericia de su general.

En la mañana del siguiente dia todo se suspendió para celebrar un armisticio, y luego unos tratados, que obligaban á salir á los defensores de la plaza con rumbo opuesto á la direccion de los que iban á prestarles auxilio, y que para entonces solo distaban de Guadalajara siete leguas.

El 31 ya estaban sobre el ejército auxiliar las divisiones de